

puede inventar y mejorar aún antes de que llegue el momento en que la aparición del superhombre se nos venga encima. Lo que es de las habilidades de Sarah Bernard y de los ingeniosos escritos de Juan Richepín, aunque yo los celebro porque me deleitan y me encantan, no me atrevo á inferir que dicha aparición esté próxima.

LAS INDUCCIONES

DEL SR. D. POMPEYO GENER

Entre las mil desventuras que afligen hoy á la madre España, no es la menor el prurito de remediarlas que se ha apoderado de multitud de personas. Brotan de este prurito, como de abundante venero, arengas políticas y sociales, artículos de fondo, novelas y dramas y no pocos libros científicos, ó casi científicos, que bien pudiéramos calificar de terapéutica política ó de *psicopatología* endémica. Y no se entienda que condene yo el prurito, que es natural é invencible, ni menos el resultado, que, si no llega á ser provechoso, es sin duda, ó puede ser, ya divertido, ya interesante. ¿Y cómo condenarlos sin condenarme yo mismo, que me he metido también á curandero escribiendo ó dictando modestamente algunas recetas? Lo que á mí me desagrada, ó más bien me asusta, no son las mismas recetas, ya pronunciadas, ya escritas, en la tribuna, en el teatro, en los periódicos.

cos ó en gruesos volúmenes, sino que la gente se apasione de lo que las recetas prescriben, mire en ello la más excelente panacea y se empeñe en aplicársela á la patria enferma, turbando el reposo de que necesita más que de nada para convalecer y recobrar la salud y el vigor antiguos.

De todos modos, los libros escritos y publicados ya, con el intento de curarnos y de regenerarnos, merecen detenido estudio, al cual, si Dios me da vida y buen humor, pienso yo dedicarme, no sin esperanza de recoger algún fruto, de ilustrarme un poco y de contribuir teóricamente, ya que para la práctica estoy inválido, á la regeneración deseada.

Por lo pronto, me limitaré á indicar aquí varias dudas que se me ofrecen, porque yo creo que en toda ciencia ó en todo arte de medicina lo primero ha de ser el conocimiento de la enfermedad, y lo segundo hallar y aplicar el remedio.

La enfermedad permanece oculta á menudo, y sólo se conocen síntomas, fenómenos externos, visibles ó tangibles, que son efecto y no causa. Y si tomamos por causa el efecto, ¿no nos exponemos á errar la cura? Tal es la consideración que me desalienta, que me retrae del oficio de curandero y que me mueve á no dar mayor crédito que el que me doy á mí mismo á otros curanderos más confiados.

Diré aquí, sobre el particular, lo que me inspira el sentido común precientífico y rastrero.

¿Quién no convendrá conmigo en afirmar, como repetidas veces he afirmado en otras ocasiones, que España es hoy más rica, sustenta más gente, cultiva mejor sus campos, tiene más industria y comercio y puede jactarse de poseer hijos ilustres, tan listos, tan bien hablados, tan discretos y habilidosos como en cualquiera otra época de su historia? La decadencia, la postración, la degeneración, ó como queramos llamarla, no es, por consiguiente, absoluta, sino relativa. En el camino del progreso, por donde van las naciones de Europa guiando y mandando al resto del linaje humano, y esto desde hace veinticinco ó treinta siglos, España se ha quedado últimamente muy atrás, y de aquí el aislamiento desdeñoso en que nos dejan los que van delante, nuestra desconfianza y el abatimiento tan propio en quien de sí mismo desconfía.

Por algo á modo de violenta reacción espiritual, hay momentos en que para no estar abatidos nos ensoberbecemos más de lo justo, ponderamos el mérito de nuestros hombres y de nuestras cosas de los tiempos pasados, y hasta llegamos á hacer la apoteosis, ó al menos los más superlativos encomios, ya de esto, ya de aquello de los tiempos presentes. Entonces calificamos de invicto al general que nos entu-

siasma; de más elocuente que Cicerón y Demóstenes á nuestro orador favorito; y al autor de la comedia ó del drama que hemos aplaudido de mucho más sublime que Shakespeare, cuyas obras por lo común hemos tenido la precaución de no leer.

Por desgracia, este laudatorio entusiasmo se apaga pronto como fuego de estopa, y postulación más honda vuelve á enseñorearse de nuestras almas, contristándolas y humillándolas.

Hay cierta manera de discurrir de la que muchos sujetos no se dan cuenta. Discurren sin percibir que discurren, y las consecuencias que sacan suelen ser muy crueles. De la inferioridad patente, visible y clara en los asuntos y casos de la vida práctica, deducen nuestra inferioridad en cuanto hay de más sustancial é importante en el ser y en la vida de los pueblos. Pongamos un ejemplo que aclare y explique mejor esta idea.

Figurémonos á una dama, hermosa y rica, que quiere vivir y vive en España con todos los refinamientos y primores que ahora se estiman. Esta dama hará venir de Inglaterra sus coches y sus caballos, y de Francia sus tocados y vestidos. Tal vez, recelando que una cocinera española la envenene, hará venir de tierra extranjera, conformándose con la opinión de un aristocrático vate, á

Cierto químico excelente
Que estudió y ganó la borla
En el *Cafe de Paris*,
De cocineros Sorbona.

Realizado todo esto, sobreviene fatalmente el discurso antes indicado. Cuando aquí, discurrirá la dama, ni se teje con el primor que en Francia, ni se hacen coches como los ingleses, ni se crían tan hermosos caballos, ni se confeccionan sombreretes y vestidos como en París, ni se condimentan siquiera los sabrosos guisos que deleitan mi paladar, es indudable que en otras tareas de mayor empeño y en otras producciones más altas no habremos de lucirnos. Me conviene, pues, desdeñar por que deben tener poquísimo valor y ser muy *latosas*, como se dice ahora, las novelas, las poesías y hasta las filosofías de mi tierra. En virtud de tal consideración, ó la dama no tomará jamás un libro en sus blancas y lindas manos, ó si despunta por lo literata ó lo filósofa, traerá también de París su pasto espiritual, como trae sus primores, adornos, elegancias y materiales regalos.

No se me tilde de delator. Yo no delataría ni acusaría á la dama, si ella sola pecase. Cuál más, cuál menos, todos pecamos por el mismo estilo. Tire la primera piedra contra la culpada quien se considere inocente.

Profundas raíces tiene en nuestro suelo el

10491

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1526 MONTERREY, MEXICO

árbol de nuestra antiquísima y castiza cultura. Las semillas exóticas, aunque sean alimenticias y gustosas, y la mala hierba también venida de fuera, no ahogan dicho árbol, ni cercándole y abrasándole le secan y le chupan el jugo todavía; pero ya empiezan á deteriorarle un poco. El galicismo de pensamientos va invadiendo nuestras mentes más de lo que debiera. No repruebo yo en absoluto la imitación; pero es menester que el recto juicio se adelante á desechar lo malo y á elegir lo bueno para que después se imite. Lo lastimoso es que imitemos sin la mencionada previa selección, que toda simpleza ó extravagancia transpirenaica nos seduzca, y que nos dejemos arrebatar por el entusiasmo sin que haya criterio razonable que nos refrene.

Días há que vive aislado quien escribe este artículo y sin prestar atención, por su vejez y sus enfermedades, á casi nada de lo que ocurre fuera de España, á las más flamantes doctrinas filosóficas, á la dirección que toma y sigue la mayoría de los espíritus y á la corriente de ideas y opiniones que informan la novísima literatura; pero lo ve todo, retratado como en fiel espejo, en las producciones literarias españolas de ahora, sobre todo cuando presumen de contener ó de ser filosofía. Siempre condeno yo ó deploro este remedo, esta carencia ó escasez de originalidad castiza; pero me parece

difícil ó imposible de evitar que así sea, y abuelvo al escritor ó al pensador en quien noto esta falta. ¿Cómo no cometerla aceptando el concepto que de la filosofía generalmente se forma hoy? ¿Y por qué digo se forma hoy, cuando debiera decir que se ha formado siempre? Ya desde muy antiguo sonaba en las aulas cierto familiar proverbio que he de atreverme á citar aquí, porque viene en apoyo de mi aserto, aunque se vale de palabras nada bonitas ya de puro vulgares. El proverbio dice: *La Gramática con babas y la Filosofía con barbas*, lo cual significa que en el orden dialéctico podrá ser la filosofía el principio y el fundamento de todo saber; pero en el orden cronológico la filosofía es lo último que se aprende ó puede aprenderse: es el firme asiento, el trono solidísimo y seguro donde la reflexión pone ó cree poner á la ciencia que experimentalmente y por larga serie de observaciones y de análisis ha adquirido y ordenado.

Muéveme á decir esto la lectura de un libro reciente titulado *Inducciones*, debido al notable y cultivadísimo ingenio y al elocuente entusiasmo del Sr. D. Pompeyo Gener.

Mucho me complace coincidir con autor tan entendido en tener el mismo concepto de la filosofía. Indiscutible es para mí que no se filosofa bien sin previo conocimiento empírico de aquello sobre que se filosofa, y que cuando no

filosofamos sobre algo, la filosofía tiene que ser vana y mero juego de palabras vacías de sentido. Ahora bien: como desde hace mucho tiempo, y sea por lo que sea, no nos hemos lucido los españoles en las ciencias de observación y en el estudio de la naturaleza ó del universo visible, bien se puede inferir que la corona de dichas ciencias y de dicho estudio, ó sea la filosofía, ó tiene que ser entre nosotros anacrónica y fuera de moda, ó hasta cierto punto tiene que ser importada, como el telégrafo eléctrico, la fotografía, el teléfono, el fonógrafo y no pocas otras invenciones sutiles y pasmosas.

No se extrañe, pues, que importemos en España filosofía como importamos las invenciones mencionadas. Conviene, no obstante, hacer una distinción. Tomemos para ejemplo cualquiera de los precitados artificios: el teléfono, pongamos por caso. Su utilidad y su realidad se hallan tan probadas, que no hay medio de que nos engañemos. Podrá ser que en la práctica seamos más torpes, lo hagamos mal y resulten inconvenientes; pero al fin y al cabo aprenderemos á telefonar. Yo creo que ya hemos aprendido, y que en España telefonemos tan bien como en cualquiera otro país del mundo. Pero la filosofía, y perdóneseme lo rastro y humilde de la expresión, es harina de otro costal: es asunto mil y mil veces más

complicado y misterioso, y bien puede acontecer, y á mi ver acontece, que tomemos por verdad la mentira, por realidad el sueño y por razonamiento juicioso los mayores delirios.

Puede acontecer igualmente algo contrario á lo que acontece con los inventos de las ciencias naturales, que van todos de acuerdo y no se oponen unos á otros ni braman de verse juntos, como vulgarmente se dice. En las doctrinas filosóficas, si las tomamos de aquí y de allí, sin mucho criterio, y nos empeñamos en amalgamarlas, resulta ó puede resultar una mezcla desatinada é informe, un conjunto de ideas que se rechazan y se excluyen. Algo de esto entiendo yo que hay en el libro del señor Don Pompeyo Gener, por más que me deleite leerle y aplauda el fervor propagandista y filantrópico que le ha dictado, y la elocuencia, el saber y el alto y claro entendimiento que en todas sus páginas resplandecen.

Antes de criticar este libro, mal ó bien según mis fuerzas lo permitan, pero sin prevención adversa, debo y quiero hacer dos observaciones. Es la primera, que me valdré sólo de mi razón natural, colocando con mucho respeto las creencias, adquiridas por educación, tradición y revelación, en una á modo de arca santa, de donde tal vez necesite sacarlas más tarde, si yo mismo, imitando á Noe, no me introduzco y refugio también en el arca para

huir del diluvio de disparates que podrá salir de mi estudio, como el famoso diluvio de las aguas salió de las rotas ó abiertas cataratas del cielo.

Es la segunda observación, que aun suponiendo todo cuanto yo encuentre en el libro del Sr. Gener contradictorio y absurdo, no se amengua el valor estético del libro ni se deshace el encanto que su lectura produce. No necesito yo creer que irritado Apolo por la ofensa hecha á su sacerdote, bajó furioso del Olimpo y mató á los aquivos á flechazos, ni que Ulises y Pirro se escondieron en el hueco vientre de un caballo de madera, para deleitarme leyendo las hermosas epopeyas de Homero y de Virgilio.

Hechas tan convenientes observaciones, empezaré tratando de lo que en el libro del señor Gener me parece más consolador y satisfactorio: la afirmación del progreso indefinido de nuestro linaje; el convencimiento de que se vencerán y salvarán los obstáculos todos, y de que la humanidad irá elevándose más cada día á las regiones serenas de la luz, del bien y de la belleza.

Recientemente, disipadas las dudas enojosas que solían atormentar su alma, el más energético, inspirado y elegante de nuestros líricos, Don Gaspar Núñez de Arce, ha dado á la estampa un admirable poema, donde el referido

convencimiento se manifiesta y brilla en imágenes y símbolos maravillosos, revestido con todas las galas y adornado con todos los dijes y primores de la poesía, y no por eso menos terminante ni menos claro que si en prosa metódica y didáctica apareciese expuesto. Aunque en la noche obscura, en el tortuoso y áspero camino y en la larga y cansada peregrinación, busquemos en balde reposo en las ruinas del templo, y pidamos inútilmente consolación y fe á los monjes difuntos, todavía una fe más radical y más íntima persiste en el ápice de la mente, surge del abismo del alma y no nos abandona. Todavía nos asiste Dios, nos guía y nos conforta. Las ruinas no deben entristecernos ni arredrarnos. No hay revolución ni cataclismo que baste á derribar el edificio erigido por esa nuestra fe superior é inmortal, ni que pueda conmovér la base

De la admirable catedral inmensa,
Como el espacio transparente y clara,
Que tiene por sostén el hondo anhelo
De las conciencias, la piedad por ara
Y por nave la bóveda del cielo.

Impulsado por esa fe superior y por la esperanza que de ella nace, desecha el hombre temores y dudas, dice ¡*Sursum corda!*!, prosigue con valentía su camino y logra al fin llegar á la cumbre, si no término, porque no le tiene

su anhelo infinito, lugar excelso de descanso desde donde percibe, bañado en la radiante luz de la verdad, el no soñado objeto de sus más altas aspiraciones.

Doctrina semejante por lo progresista á la que expone el poeta en sus bellísimos versos, es la expuesta más ampliamente por el señor Gener en prosa llena de lirismo y en un libro ó tratado cuyo título es *Evangélio de la vida*, no publicado aún por completo, pero del que su autor nos comunica por lo pronto el prefacio y algunos magníficos trozos como muestra ó anuncio.

Contra las afirmaciones en que conviene Gener con Núñez de Arce, nada tenemos que objetar; pero Gener complica dichas afirmaciones con no pocas otras de diverso carácter y procedencia, y éstas, ó las negamos, ó aplicando á su examen un circunspecto escepticismo, las ponemos en cuarentena.

¿Quién ha de dudar ya de que el linaje humano progresa, apropiándose y acumulando la espléndida herencia de muchas generaciones, custodiando en los libros cuanto ha averiguado y sabe y divulgándolo por medio de la imprenta, y valiéndose además de mil útiles ó delectables artificios con los que se recrea, ó de los que se aprovecha para hacer más cómoda, más amena y más grata la vida? En este punto capital todos estamos de acuerdo. Toquemos

ahora aquellos otros puntos en que no puede menos de haber discrepancia.

No hemos de discutir aquí el transformismo de Darwin. Aceptemos, como si lo hubiésemos presenciado, como si hubiésemos sido testigos oculares de sucesos tan felices, que, en determinado momento, de súbito ó con lentitud, por evolución suave ó como se quiera, el mono de cierta clase se transformó en *antropoide* ó en *antropisco*, estúpido y *alalo* todavía, y que un poco más tarde, por procedimientos análogos, el *antropisco* ó *antropoide* adquirió la palabra, se soltó á hablar y se convirtió en hombre hecho y derecho. Humanado ya, bien podemos cifrar toda su ulterior historia en estos hermosos versos del ya mencionado poeta:

Adán caído ó transformada fiera
(¿Quién su origen conoce?) inventó el hacha,
Derribó el árbol, encendió la hoguera,
Arrancó al bosque sazonados frutos,
Hizo la choza, desgarró el misterio,
Mató los monstruos y domó los brutos
Tras prolongada y formidable guerra,
Erigió la ciudad, fundó su imperio,
Sureó la mar y dominó la tierra.

Y por último, ya que no debemos citar aquí más largo trozo de tan admirable composición, el hombre, después de sorprender el rumbo de las estrellas y de dar firmeza y duración á la palabra fugitiva,

Alas resplandecientes á su idea,
Valor al débil, libertad al siervo,

según expresa el poeta valiéndose de una atinada paráfrasis del famoso epitafio de Franklin, consiguió arrebatár

A las entrañas de la nube el rayo
Y el cetro á la infecunda tiranía.

Todo esto está muy bien. ¿Quién no lo aprueba? ¿Quién no lo aplaude? Lo que yo no apruebo, lo que yo no aplaudo, aquello con que no me conformo, porque si llegase yo á ser de los favorecidos me daría muchísima lástima de los que no lo fuesen, y si no llegaba á ser de los favorecidos, tendría yo grandísima lástima de mí, lo cual casi es peor, es que se *desdoble* el género humano el día menos pensado, y elevándose unos á la condición de *super-hombres*, se conviertan los demás en *sub-hombres* y vuelvan á ser *antropiscos*, retrocediendo hasta el mono, ó mereciendo la calificación de *superfluos* con que el Sr. D. Pompeyo Gener ya los designa, calificación ominosa, anatema lanzado sobre ellos y que al sacrificio y á la desaparición los predestina.

Mi filantropía, mi piedad y la arraigada creencia de mi espíritu en un Dios omnipotente y misericordioso, me llevan á repugnar en toda su brutal extensión y en sus crueles con-

secuencias eso que llaman la lucha por la vida. Ya se arreglarán las cosas de suerte que, por mucho que se aumente la población, quepamos todos con holgura en este planeta y no nos falten buenos bocados para alimentarnos, casas en que vivir y lindos trajes con que vestirnos, salir de paseo é ir á las tertulias, á los teatros y hasta á los toros, si este espectáculo no se suprime por bárbaro en las edades venideras. De poco ó de nada valdría el progreso; el progreso sería espantoso sarcasmo si viniese á parar en ser sólo para unos cuantos: para la glorificación y la bienaventuranza terrestre de razas privilegiadas, que necesitarían someter á las razas inferiores ó tal vez exterminarlas, no bien se multiplicasen demasiado y no cupiesen ya sobre el haz de la tierra. Abominable, perversa y sin entrañas es la tal doctrina, aunque la haya predicado Federico Nietzsche, apoyándose en ideas y sentencias de aquel antiquísimo profeta del Irán, á quien llamaron los griegos Zoroastro. El Sr. Gener adopta en parte la opinión de Federico Nietzsche, y en parte la reprueba.

Vamos á ver si lo ponemos todo en claro.

Si en efecto llegase á aparecer el *super-hombre*, en lo que como Nietzsche cree á pies juntillas el Sr. Gener, todos cuantos no alcanzásemos la *super-hombria*, según Nietzsche, que es poco caritativo, caeríamos en abyección.

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

malidad, seríamos como esclavos del *super-hombre*, y nuestra raza se extinguiría al cabo por inútil ó por nociva. Ocurriría con el hombre de ahora lo propio que, después de la aparición del tal hombre, ha ocurrido con el *antropisco*, de quien no se encuentran ya ni señales ni rastros, aunque los busquemos con un candil ó con la linterna de Diógenes. Más compasivo el Sr. Gener, me parece ó entreveo que se inclina á que el *sub-hombre* ó el *superfluo* se conserve y viva, bajo la tutela ó protectorado del *super-hombre* triunfante. Bien podrá éste echarse á cavilar y hasta repetir el antiguo proverbio: *cuando las barbas de tu vecino vieres pelar, pon las tuyas en remojo*. Las cosas no han de parar aquí: la evolución no puede darse por terminada. El progreso es indefinido. Nadie columbra la meta ó el término:

Amplius et volvens fatorum arcana movebo.

En pos del *super-hombre*, por evolución y selección surgirá de su seno el *archisuper-hombre*, el cual podrá tratar tan desapiadadamente al *super-hombre* como éste al hombre haya tratado. Y así sucesivamente sin que se vea el fin de las mudanzas y de los ascensos, *per omnia secula seculorum*.

Ora nos agrade ó nos desagrade, ora nos tenga cuenta, ora no nos tenga cuenta, si el *super-hombre* ha de venir, vendrá pese á quien

pese. Ni conservadores ni retrógrados podrán impedirlo. Sobre este punto Nietzsche y Gener se hallan en perfecta consonancia. Veamos ahora en lo que disienten y en lo que Gener, en mi opinión, con muchísimo juicio, enmienda á Nietzsche la plana. Digamos algo primero sobre este filósofo, el más original y el más estupendo que, según asegura Gener, ha florecido en la segunda mitad del siglo XIX. Era polaco de nación, súbdito alemán y profesor de Filología clásica, no nos importa saber en qué Universidad ó Instituto. Sobrevino la guerra entre Alemania y Francia, en la que Francia quedó vencida. Y Nietzsche entonces, en cumplimiento de las leyes, se vió obligado á tomar las armas y á ir á la guerra. Antes de aquellos días Nietzsche apenas se había distinguido; pero, hallándose en el cerco de París, un casco de granada hirió y derribó su caballo, y Nietzsche mismo cayó por tierra maltrecho y con una profunda conmoción cerebral. Afirman discípulos de Nietzsche que esta caída del maestro fué semejante en sus efectos á la que tuvo San Pablo en el camino de Damasco. Lo cierto es que al recobrase de la caída, Nietzsche se convirtió en otro hombre: apareció profeta, apóstol y, por último, loco.

Recuerdo yo, no haber leído, sino haber oído contar, en el aula del Seminario donde